



**BOHEMIA** ha realizado un hallazgo con esta foto impresionante. No se trata de una escena preparada previamente por el fotógrafo para justificar su tarea informativa. El mismo repórter gráfico no sale de su inusitada sorpresa. Este niño juega despreocupadamente con tres calaveras pertenecientes al almacén de cadáveres que tenía en su domicilio de Manzanillo su propio padre, el tenebroso masferrerista Elizardo Necolardes Rojas ¡Son trofeos macabros con que su progenitor premiaba a su hijo! Obsérvese que, mientras el menor César Necolardes Moreno, de trece años, sostiene ante su sonrisa increíble uno de los cráneos destrozados, los dos restantes reposan sobre un mapa de la Isla cuyo simbolismo nos señala

## ¡El Padre le Daba los Cráneos de sus Víctimas Para que Jugara!

gráficamente el propósito que alentaban los asesinos al servicio del ex senador: sembrar el espanto y la muerte de un extremo a otro del país. Cualquier refinamiento inventado por la imaginación medioeval del fulgenciató parecía concebible. La era del feroz batistianismo batió todos los récords de originalidad en el crimen. Cuantos elementos de tortura aplicaron las tiranías de todos los tiempos para sojuzgar al hombre, fueron empleadas en esta etapa de horror que innegablemente supera las más destacadas de la histo-

ria. Sin embargo, cuando a un niño le da el padre cráneos humanos para que juegue en el patio de su casa, para que se entretenga en el jardín, entre las rosas y los jazmines, no queda más remedio que situar a Rolando Masferrer y a su colección de asesinos como genuinos innovadores del oprobio, la ignominia y la destrucción humana. Se crispan los nervios, la sangre se detiene y el entendimiento se resiste a fluir frente a este espectáculo sin precedentes en todas las antologías de la muerte. Pero, por desdicha, tenemos que enfren-

arnos a la espantosa realidad que ha soportado Cuba heroicamente a través de estos años de terror y sangre que hemos vivido —muriendo— bajo el designio sombrío del régimen que llevó a la tumba a más de veinte mil cubanos. Tenemos que enfrentarnos con esta realidad porque el corazón, a veces, se niega a creer que en pleno siglo XX existan monstruos no concebidos aún por la literatura menos imaginativa en torno al crimen. Y tenemos que enfrentarnos a esto, en suma, porque el mundo debe conocer los hechos que definitivamente han prendido un crepón de luto en nuestros espíritus y han cristalizado para siempre un río de lágrimas en nuestra historia de pueblo que tiene en la libertad y la justicia el pan de su vida.